

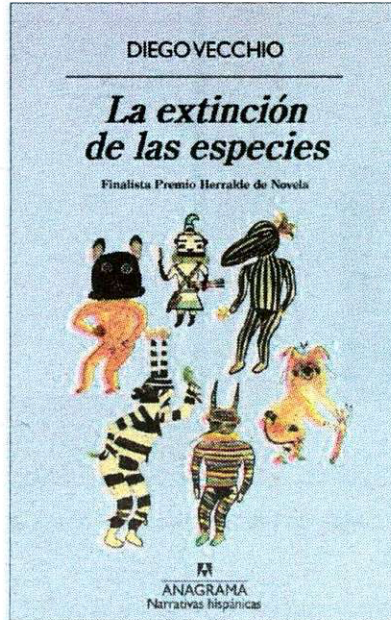
■ CRÍTICA

La vida de los museos

FOTO: MARC LLIBRE

La extinción de las especies

Autor: Diego Vecchio
Género: novela
Otros títulos del autor: *Osos, Historia calamitatum, Microbios*
Editorial: Anagrama, \$ 465



GONZALO LEON

Ya en su anterior novela, *Osos* (Beatriz Viterbo, 2010), Diego Vecchio (1969) había indagado en los lugares, en ese caso fueron las jugueterías, una en especial, en la que vendían osos que hacían dormir a los niños insomnes, pero claro, ahí también luego había un desvío. Ahora modifica el lugar pero mantiene esa visión un poco disparatada de los lugares, en este caso se trata del célebre Instituto Smithsonian en Estados Unidos.

¿Qué historia puede girar en torno a un museo? Y la respuesta es esta novela, que se va fragmentando en varias historias, pero que

¿Qué historia puede girar en torno a un museo? Y la respuesta es esta novela, que se va fragmentando en varias historias, pero que todas están vinculadas a alguna intriga: falsificaciones, especulaciones financieras, teorías falsas. La novela arranca con una finta: se nos muestra a sir Hugh Percy Smith-

son, un duque que “desperdigó por el suelo de Inglaterra, Gales, Escocia y las islas Hébridas” cien hijos ilegítimos; el único de ellos que pasó a la posteridad fue James Lewis. Pronto la historia tuerce en una peripecia y se centra en la vida de Lewis y su intento para que su padre lo reconozca, cosa a la que finalmente accede y James no solo hereda el apellido sino una inmensa fortuna. James Smithson nunca se casó y, como repite más de una vez Vecchio, guadañó. Así, dejó su fortuna a su “fiel servidor”, quien también guadañó; Smithson había establecido que de morir este sin dejar descendencia “su última voluntad era que con su fortuna se creara, en la ciudad de Washington, un establecimiento que llevara su nombre, al servicio del progreso y la difusión del conocimiento entre los hombres”.

son, un duque que “desperdigó por el suelo de Inglaterra, Gales, Escocia y las islas Hébridas” cien hijos ilegítimos; el único de ellos que pasó a la posteridad fue James Lewis. Pronto la historia tuerce en una peripecia y se centra en la vida de Lewis y su intento para que su padre lo reconozca, cosa a la que finalmente accede y James no solo hereda el apellido sino una inmensa fortuna. James Smithson nunca se casó y, como repite más de una vez Vecchio, guadañó. Así, dejó su fortuna a su “fiel servidor”, quien también guadañó; Smithson había establecido que de morir este sin dejar descendencia “su última voluntad era que con su fortuna se creara, en la ciudad de Washington, un establecimiento que llevara su nombre, al servicio del progreso y la difusión del conocimiento entre los hombres”.

En este punto la historia se trasladada a Estados Unidos, a un debate parlamentario, que consiste en qué destino darle a ese dinero. Al final se decide la creación del célebre instituto y se designa a su primer director, Zacharias Spears. Junto con los distintos proyectos del establecimiento –el más importante es la fundación de un museo de historia natural–, el narrador va contando la historia de la vida en el planeta y de la humanidad, como si fuera por momentos la voz de un documental del Discovery Channel. Sin embargo, esta voz cae en falsedades o equívocos, como los de varias teorías científicas que en su momento se dieron por correctas, y es por ahí por donde se cuele la ficción. En un momento se establece Norteamérica como la cuna de la civilización: “Los primeros hombres aparecieron en Norteamérica y desde ahí poblaron el resto del mundo, cruzando el istmo de Bering hacia el continente asiático”.

De buenas a primeras un museo para una ciudad como Washington, aún en ciernes, era una atracción de tal magnitud como si se hubiera instalado el circo de forma permanente. En el hall central se exhibían las principales atracciones, más allá de que estas fueran efectivamente tesoros arqueológicos; se mostraban unos niños momificados con técnicas egipcias desarrolladas por los mismos trabajadores del Smithsonian. Si en un punto el museo podía funcionar con la lógica de un circo, también podía hacerlo con la lógica de la especulación financiera, o como una “carnicería de mundos devastados”, un lugar “de carne colgada, recortada y nombrada con proliji-



VECCHIO. Nació en Buenos Aires en 1969. Hizo estudios de psicología, letras y filosofía. Reside en París desde 1992.

dad y pellejos suspendiéndose en el espacio y en el tiempo”.

Si bien Vecchio coquetea con la no ficción, *La extinción de las especies* es una novela en la que sus historias giran con un frenético ritmo. Así como James Smithson entra y sale de la novela, así también pasa con Zacharias Spears, que de un momento a otro es re-

movido de su cargo y es nombrado en su lugar Benjamin Bloom; el protagonismo se pierde con suma facilidad, lo mismo pasa cuando la historia se centra en Miss Sullivan, la asistente de Spears que luego es alejada de su puesto. En toda la novela se instala además la sospecha de qué es verdad y de qué es ficción. El autor juega con el

verosímil hábilmente y en un punto lo explicita: “Era muy difícil distinguir la verdad de la fábula y la fábula de la difamación”. Finalista del Premio Herralde, *La extinción de las especies* muestra a un autor inteligente que en cuanto a tema y forma encuentra parentescos en autores como María Sonia Cristoff y Pablo Katchadjian. ■